

ralmente cuán rápidos son los progresos del catolicismo en Inglaterra. Hé aquí á este propósito algunas cifras que no carecen de interes:

En 1765, la Inglaterra y la Escocia no contaban mas que con 60,000 católicos; en 1821 habia 500,000; en 1824, dos millones y medio, y en 1845, 3.380,000; desde 1845 se pretende que ha habido un aumento cuya cifra no se ha fijado.

En 1873 habia 1,893 sacerdotes, 1,452 iglesias y capillas, 86 conventos de monjas, 268 conventos de religiosos, 21 institutos católicos y 1,249 escuelas:

Veinte diócesis, 33 lores católicos, 77 baronets, 6 miembros del consejo privado y 33 miembros del municipio.» («La Voz» de 31 del pasado.)

#### DIEZ MIL MARTIRES.

«Dias de angustia y de tribulacion han llegado para la naciente Iglesia de Ton-King [Imperio de Anam en Asia], segun consta de la siguiente carta publicada por los periódicos religiosos de Francia:

«Muy querido pariente y amigo:—A consecuencia de la expedicion de los franceses en el Ton-King, los abogados, estos enemigos encarnizados de la religion, movieron á los infieles y se han precipitado sobre nuestros cristianos con un furor verdaderamente diabólico: nuestra mision cuenta ochenta mil cristianos, mas en pocos dias han sido degollados, quemados y ahogados diez mil católicos, y la rabia de nuestros verdugos, lejos de aplacarse, va creciendo.

Solo por un milagro no será destruida enteramente nuestra mision. Yo no tengo esperanzas de poder escapar de la muerte. Si no me es posible pensar, sin horrorizarme, en los suplicios que me esperan entre estos salvajes, al menos tengo confianza en que el Divino Maestro me fortalecerá en el último momento. ¡Que mi sacrificio sea agradable á Dios! No me olvidaré de vdes. en el cielo en donde nos reuniremos.

Despues de la Cruz el Cielo. ¡Viva Jesus!

Vuestro afectisimo—† Jves, Obispo de Loranda.»

(La «Luz» de Monterey del 1.º de Noviembre.)

#### DESGRACIAS.

«El tifon que visitó la parte del sur del Japon el 20 de Agosto, fué uno de los mas severos que han presenciado los extranjeros.

El vapor *Puig on Gooloo* y la barca alemana *Hambury*, fueron arrojadas contra las rocas en Nagasaki, el buque acorazado *Stone Wall* se fué á pique y centenares de juncos japoneses naufragaron. Solo en Nagasaki se perdieron 200 vidas. Las casas y edificios fueron derribadas y el nuevo palacio del gobernador quedó reducido á ruinas. Riobe tambien sufrió bastante. Sobre mil juncos naufragaron en la costa.

En Sagoken se hundieron 6,000 casas; perecieron cien personas y murieron miles de reses en las fincas.»

(Del «Pájaro Verde» del 6 del presente.)

Tomo II. Entrega 21.

Sabado 21 de Noviembre de 1874.

### OBSERVACIONES

#### A LA OBRA DE HENRI AHRENS INTITULADA "CURSO DE DERECHO NATURAL O DE FILOSOFIA DEL DERECHO."

##### § I (Continuación.)

Si Ahrens se propuso dar idea del desarrollo histórico de la Filosofia del Derecho, debió haber consultado la mas antigua y respetabilísima historia del hombre: ya que tuvo tan presentes los libros de Pitágoras y Platon ¿por qué se olvidó de los Libros Sagrados? En ellos juntamente con la historia de nuestro linage desde su origen, habria encontrado ideas sublimes y noticias interesantísimas sobre la materia que queria dilucidar; habria visto que las nociones del Derecho natural, los grandes principios de la Filosofia del Derecho, lejos de haberse empezado á investigar en alguna época tardia, antes por el contrario, fueron la rica posesion que el hombre recibió de Dios juntamente con la naturaleza y con la enseñanza primitiva por la cual quedó adornada su alma con todos los conocimientos necesarios para la direccion de la vida humana en todo orden y bajo cualquier aspecto que se pudiera considerar. Muy distante ha estado la ciencia humana de alcanzar por si sola aquellas ideas altísimas; y si Ahrens *historiador* hubiera acudido á las fuentes mas puras de la historia, habria visto que lo que hubo en época posterior no fué descubrimiento, sino oscurecimiento de las verdades relativas á la dignidad, los deberes y los derechos del ser racional; que el género humano en su época mas remota conservó intactas esas verdades; que ellas fueron alteradas cuando se corrompieron las primitivas tradiciones; que para restituir las á su pureza fueron impotentes todos los esfuerzos de la Filosofia pagana y que fué necesario que El mismo que habia criado al hombre recto en su inteligencia, así como en todas sus otras facultades, viniera á derramar en su alma una nueva luz que le mostrara el camino del bien y le diera á conocer todos los lamentables extravíos que habian sido la consecuencia de su funesta caída moral.

El cuadro completo de la Filosofia del Derecho segun puede deducirse de los Libros Sagrados, daria materia á una obra voluminosa; pero no es de nuestro objeto el presentarlo, pues solo nos proponemos patentizar el error de Ahrens, que sentó con tanta seguridad que *el espíritu humano puso los primeros fundamentos de esa ciencia hasta una época mas avanzada de desarrollo social*, y notar la falta absolutamente inexcusable del mismo escritor, que pretendiendo tejer la historia de uno de los ramos mas importantes de nuestros conocimientos, se desentendió de consultar la mejor y mas antigua historia en que se tienen los datos mas interesantes respecto del hombre bajo su aspecto intelectual, moral, religioso y social. Para cumplir con nuestro propósito nos bastará llamar la atención sobre algunos puntos de la enseñanza divina de la Biblia en que se contienen verdades fundamentales para la ciencia de que hablamos.

¿Qué cosa mas importante en la Filosofia del Derecho que el conocimiento de la dignidad humana? Cuando se tiene el debido concepto de lo que es el hombre, entonces se le aprecia y respeta por la excelencia de su naturaleza, y se



consideran inviolables sus derechos. Abramos, pues, el Libro del Génesis y veremos que sus primeras palabras respecto del hombre lo elevan ya á una altura inmensurable sobre todo el magnífico conjunto de los seres que componen el Mundo visible. Se ostenta la omnipotencia del Criador sacando las cosas de la nada, y haciendo brillar la luz y encendiendo con la fuerza de su palabra los millones de lumbreras que hermosean el firmamento, y reuniendo las aguas en las cavidades insondables de los mares, y haciendo aparecer la *Arida* con sus montañas altísimas y sus valles espaciosos, y vistiéndola de infinidad de árboles y plantas, y poblando los aires con multitud de aves y los mares con innumerables peces y la misma tierra con tanta multitud y variedad de animales. ¿Pero quién podrá medir la distancia de todas estas obras maravillosas á aquella otra obra sin comparacion mas admirable en que está compendiado el Universo y que se eleva mucho mas allá del Mundo visible? «Hagamos al hombre, dice el Señor, á nuestra imagen y semejanza.» (Gen. c. 1. v. 26.) Hé aquí un verdadero título de grandeza; hé aquí en compendio toda la excelencia y dignidad de nuestra naturaleza y el fundamento indestructible de la respetabilidad de nuestros derechos. Si el hombre es semejante á Dios, está dotado de inteligencia, de voluntad y libertad, puede conocer los principios eternos de la verdad, tiene la idea del bien moral, de lo justo y de lo injusto, es capaz de derechos propiamente dichos, y tendrá su perfeccion siguiendo la verdad y practicando lo que es justo: todo esto importa la idea sublime de la impresion de la divina semejanza en el alma racional. Esta misma idea es la condenacion de toda tiranía, de toda injusticia, de toda violacion de los sagrados derechos del ser racional. El hombre, en quien resplandece la imagen de Dios, es altamente respetable ante sus semejantes, es sobremanera digno de aprecio, debe ser atendido con diligente solicitud en toda necesidad del cuerpo ó del espíritu. Que alguno fuera considerado como el último de los hombres; no por esto dejaria de ser en si mismo acreedor á consideraciones ante el mas poderoso de los soberanos, porque en cualquier individuo de la especie humana, sea cual fuere su estado y condicion, está impresa la imagen de Dios, y en comparacion de tan encumbrada dignidad ¿qué vienen á ser las desigualdades de las dignidades del mundo? Esta idea que nos da el Génesis acerca de nuestra dignidad bastaria por si sola para unir la sociedad con los mas estrechos vínculos si se meditara como es debido. Teniendo del hombre ese altísimo concepto, se le amaria con sinceridad por el solo hecho de ser hombre, se le miraria con respeto, se tomaria un verdadero interes por todo lo que le pertenece y se le haria el bien con un empeño decidido: todo lo terreno apareceria despreciable comparado con el ser en quien brilla la imagen de Dios. ¿Qué feliz fuera la sociedad si todos se dejaran poseer de esa idea sublime é hicieran de ella constantes aplicaciones á la práctica! Jamás se presenciarian los horribles espectáculos de la humanidad; la opresion del débil y el desprecio del pobre serian absolutamente desconocidos; el egoismo no helaria los corazones, ni la avaricia haria sentir placer en acumular riquezas mirando con indolencia los sufrimientos del desgraciado. ¿Qué vínculo mas poderoso de verdadera fraternidad, que motivo mas eficaz para guardar siempre ilesos los derechos de nuestros semejantes que comprender lo que es el hombre?

Si ninguna otra cosa nos hubiera enseñado el Génesis respecto del hombre sino que fué hecho imagen de Dios, esto bastaria para fundar sobre una base indestructible la ciencia de la Filosofía del Derecho y para promover todas las virtudes sociales. Mas no se contentó en esto el escritor sagrado: en breves palabras, pero llenas de sabiduría, sentó otros muchos principios que debiera meditar todo aquel que se propusiera averiguar los primeros fundamentos de las ciencias sociales. En el mismo libro divino tenemos establecido el dominio del hombre sobre los otros objetos de la naturaleza: «Hagamos al hombre, dice el Señor, á

nuestra imagen y semejanza, y presida á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueve en la tierra.» Y despues dijo el mismo Dios al hombre y á la mujer: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra y sujetadla, y dominad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra» (capítulo I. vs. 26. 28.) Hé aquí al hombre constituido señor del mundo: su dominio se hace emanar primitivamente de una concesion del Hacedor supremo, porque ¿quién negará que siendo Dios el dueño absoluto de todas las criaturas, nadie podria ejercer en ellas derecho alguno sin su voluntad? pero se concede al hombre este dominio por convenir así á la dignidad de su naturaleza, porque tiene facultades á propósito para ejercerlo, y está en el orden natural de las cosas que él sea señor sobre la tierra.

Encontramos en el Génesis la necesidad natural que tiene el hombre de la sociedad con sus semejantes. Ni el espectáculo sublime de la naturaleza, cuya contemplacion producía en su alma placeres inefables, ni el noble ejercicio de su inteligencia á cuya vista se ofrecian en el universo tantos objetos dignos de admiracion, ni el dominio de toda la tierra, ni todas las inocentes delicias de que le era dado gozar antes de su caída moral, nada de esto era bastante para constituirlo en un estado conveniente á su naturaleza: necesitaba de otros seres que se le asemejaran en inteligencia y sentimientos, en quienes encontrara la misma dignidad con él se miraba condecorado, y con quienes pudiera comunicar sus pensamientos y las afecciones íntimas de su alma. Hé aquí, pues, lo que dice el Señor: «No es bueno que el hombre esté solo.» ¿Cuánto no tendrá que meditar el verdadero filósofo en esta sencilla expresion! ¿Cuán absurdo no es considerar como natural al hombre el estado de aislamiento, siendo así que todos los goces juntos tanto materiales como espirituales que le podia proporcionar la naturaleza sujeta á su dominio y presentando á su inteligencia la sabiduría de sus leyes, todavía no bastaban para constituirlo en un estado conveniente si no tenia la compañía de sus semejantes?

Señala tambien en el Génesis el modo único de formar la sociedad de una manera digna del hombre y asegurando sobre bases sólidas su felicidad. Este es el matrimonio: solo este medio es digno de emplearse por el hombre para la propagacion de su especie; cualquiera otro trae sobre él la vergüenza y confusion de haber desoido la voz de la razon y la conciencia por seguir los impulsos de sus pasiones: solo el matrimonio asegura para los hijos la debida educacion y para la mujer el amparo que debe recibir de parte del varon; fuera del matrimonio todo depende de la inestabilidad de las pasiones: el matrimonio enlaza las familias y estrecha los vínculos de la sociedad; cualquiera otra union introduce la perturbacion en las familias y siembra en la sociedad los elementos de discordia.

Nos enseña el Génesis cual es el lugar que corresponde á la mujer en el matrimonio: no es una esclava, no un objeto de pasion, no un ser débil que se entregue sin defensa á los caprichos y tiranía del mas fuerte; es la compañera del hombre, y compañera digna de él: así lo dan á entender claramente estas palabras divinas: «No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante á él.» Estas palabras son la condenacion del despotismo conyugal.

La unidad del matrimonio y su indisolubilidad se tienen en las palabras que dijo el primer padre del linaje humano luego que vió á Eva en su presencia. «Esto ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne. Por lo cual dejará el hombre al padre y á la madre, y se unirá á su mujer: y serán dos en una carne.»

La division de las familias se indica claramente en las mismas palabras que acabamos de citar: «Por esto dejará el hombre al padre y á la madre y se adherirá á su mujer etc.» En esto mismo se manifiesta el tránsito natural de la sociedad de familia á la sociedad civil, cuyo origen no fué otro sino la multiplicacion de las familias. Se ve igualmente que las primeras sociedades quedaron unidas por



los vínculos del parentesco, y que el matrimonio es un medio de estrechar constantemente los vínculos sociales.

Tenemos enseñada en el Génesis otra verdad de primera importancia para unir a los hombres en verdadera fraternidad, esta es la de la unidad de origen de todo el linaje humano. Esta verdad respecto de la cual han acumulado tantas pruebas los mas profundos estudios científicos de nuestra época, se encuentra establecida desde hace tantos siglos por el escritor sagrado. ¿Y quién puede desconocer su importancia? ¿Quién ignora que los que han tiranizado a esta ó aquella raza humana, han pretendido autorizarse negando la unidad de origen de todos los hombres? Y si cualesquiera diferencias insignificantes han bastado al orgullo humano para inspirar el menosprecio, la persecucion y aun el exterminio de alguna raza humana, como se ha visto en el Norte de la América donde los protestantes han despojado y asesinado a los aborígenes solo porque no tienen el color de los europeos, ¿qué habria sucedido si la tierra hubiera sido poblada con razas de hombres que fueran enteramente extraños los unos a los otros?

El principio del trabajo en su mas amplia acepcion, y tal cual ahora tiene el hombre que practicarlo, se encuentra consignado en el Génesis. «Tomó, pues, el Señor Dios al hombre, y púsole en el paraíso del delicia, para que lo labrase y guardase.» Así habla el Escritor sagrado (cap. 2, v. 15.) No era aquel un trabajo penoso como al que despues quedó sujeto el hombre; era una grata ocupacion la cual nos da á entender que la actividad humana no solo debia emplearse en los elevados objetos del espíritu que deben mirarse como preferentes, sino tambien en objetos materiales, aunque jamás sea lícito anteponerlos a los espirituales. En el cap. 3, se refiere la caída del hombre, por la cual el Señor en justo castigo lo condenó a los duros trabajos a que ha quedado sujeto el linaje de Adán: «Por cuanto oíste, le dijo, la voz de tu mujer, y comiste del árbol, de que te habia mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu obra: con afanes comerás de ella todos los dias de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan» (vs. 17, 18 y 19.) ¿Y quién no ve tambien en estas mismas palabras cuán respetable debe ser ante un hombre el derecho que otro adquiere en lo que es fruto de su trabajo? Si el hombre debe subsistir con el sudor de su rostro, ¿seria lícito al ocioso subsistir de ajenos sudores, convertir en su propio provecho lo que costó fatiga al hombre laborioso? Hé aquí cuán detestable es el robo; hé aquí cuán necesario y útil es el trabajo; hé aquí reprobada la ociosidad que no puede menos que causar la ruina física y moral de los individuos, de las familias y de la sociedad.

Todo lo que hemos dicho ha sido únicamente por vía de ejemplo, pues como ántes declaramos, no nos proponemos dar una idea completa de la Filosofía del Derecho segun puede deducirse de la Biblia. Lo que hemos hecho notar basta para hacer ver que habia libros mucho mejores que los que Ahrens consultó; que este escritor debia haber leído estos otros libros para poder dar una idea exacta del desarrollo histórico de la Filosofía del Derecho. ¿Por qué los echó en olvido? ¿Sería por inadvertencia, ó por una secreta antipatía porque estos libros llevan, y con justísima razon, el título de sagrados? Si fué por lo primero, ¿quién ignora que es un defecto gravísimo en un historiador una inadvertencia por la cual no vió la mejor historia? Si fué por lo segundo, ¿será conducta digna de un escritor dejarse llevar de sus antipatías con perjuicio de la verdad? Y aun cuando no se quisiera ver á Moises como escritor sagrado, ¿no debiera consultarse al menos como historiador antiquísimo cuando se trata de establecer los puntos mas interesantes de la historia en sus épocas mas remotas, al menos como filósofo cuando se quiere determinar lo que habia alcanzado la antigua filosofía respecto de algunas cuestiones importantísimas? Ahrens, por lo mismo, ha incurrido en

un defecto inexcusable, y esta ha sido la causa de que haya tejido segun su imaginacion la historia del desarrollo de la Filosofía del Derecho.

PRRSB. AGUSTIN DE LA ROSA.

Continuará.

## NUEVAS AMENAZAS DE PERSECUCION AL CATOLICISMO EN MEXICO.

(Concluye la insercion del «Proyecto de ley orgánica de las adiciones y reformas constitucionales.»)

V Todos los actos del registro civil tendrán el carácter de públicos, y á nadie se le podrá negar el testimonio que solicite de cualquiera de las actas.

VI Las actas del registro serán la única prueba del estado civil de las personas, y harán fé en juicio mientras no se pruebe la falsedad.

VII El matrimonio civil no podrá celebrarse mas que por un solo hombre con una sola mujer, siendo la bigamia y poligamia delitos que las leyes castiguen.

VIII La voluntad de los contrayentes, libremente expresada, constituye la esencia del matrimonio civil; en consecuencia, las leyes protegerán la libre emision de dicha voluntad, é impedirán toda coaccion sobre ella.

IX El matrimonio civil no se disolverá mas que por la muerte de uno de los cónyuges, pero las leyes pueden admitir la separacion temporal por causas graves que serán determinadas por el legislador, sin que por la separacion quede hábil ninguno de los consortes para unirse con otra persona.

X El matrimonio civil no podrá celebrarse por personas que por incapacidad física no puedan llenar sus fines; ni por aquellas que por incapacidad moral no puedan manifestar su consentimiento.

XI El parentesco de consanguinidad ó afinidad entre ascendientes y descendientes en línea recta, y el de hermanos carnales consanguíneos ó uterinos, serán causas tambien que impidan la celebracion del matrimonio, y que contraído lo diriman.

XII Todos los juicios que los casados tengan que entablar sobre validez ó nulidad de matrimonio, sobre divorcio y demas concernientes á su estado, se seguirán ante los tribunales civiles que determinen las leyes, sin que que surtan efecto legal ninguna las resoluciones que acaso lleguen á dictarse sobre estas cuestiones por los ministros de los cultos.

XIII. La ley ni impondrá ni proscribirá los ritos religiosos, y los casados son libres para recibir ó no las bendiciones de los ministros de su culto que tampoco producirán efectos ningunos legales.

XIV. Todos los cementerios y lugares en que se dé sepultura á los cadáveres, estarán bajo la inmediata inspeccion de la autoridad civil, aun cuando pertenezcan á empresas de particulares, quienes no podrán estable-



cerlos sin licencia; y en ninguno se podrán hacer inhumaciones sin conocimiento previo del encargado del registro civil.

Art. 24. El estado civil que una persona tenga conforme á las leyes de un Estado, será reconocido en todos los demas de la República.

#### Seccion sexta.

Art. 25. Nadie puede ser obligado á prestar trabajos personales sin su pleno consentimiento y sin la justa retribucion. La falta de consentimiento, aun cuando medie la retribucion, constituye un ataque á esta garantía, lo mismo que la falta de la retribucion cuando el consentimiento se ha dado tácita ó expresamente, á condicion de obtenerla.

Art. 26. El Estado no puede permitir que se lleve á efecto ningun contrato, pacto ó convenio que tenga por objeto el menoscabo, la pérdida ó el irrevocable sacrificio de la libertad, ya sea por causa de trabajo, de educacion ó de voto religioso, ni en que el hombre pacte su proscripcion ó destierro. Todas las estipulaciones que se hicieren en contravencion á este artículo son nulas y obligan siempre á quien las acepta á la indemnizacion de los daños y perjuicios que causare.

#### DISPOSICIONES GENERALES.

Art. 27. Es del resorte de las autoridades políticas de los Estados imponer las penas gubernativas de que habla esta ley. Esas mismas autoridades incurrirán ante los gobernadores de los Estados en el doble de aquellas penas, en caso de que autorizasen ó á sabiendas toleraren que la ley se infrinja.

Art. 28. Los delitos que en infraccion de esta ley se cometan, tienen el carácter de federales y son de la competencia de los tribunales federales; pero los jueces de los Estados conocerán de ellos en los puntos en que no residan los de Distrito, de oficio y hasta poner la causa en estado de sentencia, remitiéndola entonces para su fallo al juez de Distrito ó á quien corresponda.

Art. 29. Quedan refundidas en estas las leyes de Reforma que seguirán observándose en lo relativo al registro civil, mientras los Estados expiden las que deben dar conforme á la seccion quinta.

Sala de Comisiones del Congreso de la Union. México, Mayo 21 de 1874.—Baz.—J. Mendoza.—E. Robles Gil.—M. Ruelas.

NOTA.—De acuerdo en todas sus partes con el proyecto anterior, el señor diputado Alcalde no lo suscribe por hallarse en cama.—Una rúbrica.

Mayo 27 de 1874.—Primera lectura é imprimase.—Una rúbrica.—México, Mayo 28 de 1874.

Tales son los impíos y bastardos ensueños cuya elevacion á ley se discute ya en el Congreso de la Union, segun consta en el número de 15 del corriente de «La Voz de México.» Examínese imparcialmente y con la debida atencion ese monstruoso aborto que la comision especial respectiva en mala hora ha dado á luz; midase con cuidado la extension y alcance de ciertas palabras y frases vagas y estudiadas cuyo sentido puede estirarse

hasta donde llegar quiera el antojo y la tiranía del poder público; pésese toda la profunda malicia de esa concepcion execrable, y dígame si no se niegan, si no se aniquilan los mas sagrados derechos que al hombre corresponden solo por ser hombre, sino se coloca bajo el látigo del tirano atada de pies y manos y con una mordaza impía á la parte católica, á la inmensa mayoría, á la casi totalidad de esta Nacion infortunada. ¡Y esto se quiere hacer pasar como una consecuencia, como un desarrollo de las libertades públicas que dizque á costa de tanta sangre ha conquistado el pueblo mexicano! ¡Afortunadamente el pueblo comienza ya á abrir los ojos y se rie con amargura de los sainetes y farsas criminales que á nombre de él se han estado y se están representando! ¡Quiera el cielo que pacíficamente pero con dignidad y energía se desvíe el país á tiempo de la orilla del abismo á donde lo empujan continuamente los enemigos del Catolicismo á la vez que de la prosperidad nacional!

Para que se vea que no exageramos, que nuestras apreciaciones acerca del tiránico proyecto todavía son indulgentes y se quedan muy abajo de la fuerza con que debieran aparecer, vamos á examinar esa pieza aunque sea ligeramente y por encima en los puntos culminantes que mas atañen á la causa de la Religion. Para proceder con método sujetaremos á análisis en diferentes párrafos cada seccion, haciendo además las divisiones que en la misma fueren exigiendo la claridad y el método. Comenzemos por la primera.

#### § I.

#### La independencia entre la Iglesia y el Estado

Antes de empezar nuestra tarea suplicamos á nuestros lectores disimulen nuestra hilaridad si tal vez con frecuencia se nos escapa en el trascurso de nuestros escritos. Hay cosas capaces de dar al traste con la seriedad del hombre mas grave; ¿qué será de la nuestra cimentada sobre bases débiles y movedizas?

«El Estado y la Iglesia son independientes entre sí,» hé aquí dizque la idea primordial y fundamental de la Reforma, y en la cual se condensa y á la que converge toda la legislacion actual en lo que tiende á extirpar de raíz las ideas añejas y á romper las trabas impuestas por el oscurantismo á los hombres del progreso. A la luz de esta idea capital juzgaremos tambien nosotros á los autores del proyecto y en general á los adversarios de las ideas católicas.

Los dos primeros artículos de la seccion 1.<sup>a</sup> indican de una manera general la consabida independencia entre las dos entidades colectivas que los hombres del pasado, á juicio de los reformistas, amalgaman lastimosamente. Antes de ver como entienden así en globo nuestros patricios esa independencia, nos ocurre una preguntilla impertinente. ¿Qué se ha de hacer! somos amantes de averiguar la razon hasta de lo que nada nos importa, en virtud de esa malhadada inclinacion del hombre á saberlo todo. Decimos, pues: ¿porqué tanto la ley que fué elevada al rango de constitucional como el nuevo proyecto en cuestion dicen «el Estado y la Igle-





sia» y no «la Iglesia y el Estado»? ¿Por qué el *Señor Estado* no cede el lugar preferente á la *Señora Iglesia*, como lo reclama la urbanidad y la consideracion al sexo débil?—La razon es muy sencilla, dirán los amantes del nuevo progreso. La Iglesia se ocupa de lo espiritual, de las cosas del cielo, y el Estado de lo temporal, de las cosas de la tierra; y aunque en otros tiempos aciagos y de tinieblas se creía que el espíritu era superior al cuerpo y el cielo estaba arriba y la tierra abajo, tal desórden no lo deben tolerar las avanzadas ideas del siglo y es preciso restituir á cada cual en sus legítimos derechos. Por eso el Estado debe colocarse antes que la Iglesia. —No, señores, diría Mr. Watkins hablando en inglés-castellano á sus paniaguados mostrándoles y leyéndoles la Biblia; lo que yo voy á decir están vdes. obligados en virtud del libre exámen de la Escritura Sagrada á recibirlo como palabras del Espíritu Santo que es quien habla por mi boca lo mismo que por la de vdes. aunque yo diga *sí* y vdes. *no*. El Estado debe ir en todo primero que la Iglesia, porque el Estado es el varon, y en toda casa bien ordenada al hombre corresponde el mando en virtud de aquellas palabras dirigidas en el Génesis á Eva: *El [el varon] te dominará*, y aquellas de Pablo apóstol [así se le llama democráticamente por los protestantes]: *El varon es la cabeza de la muger*. A la Iglesia [Católica] por tanto pertenece, como inferior al Estado, el cual es su *señor* y su *cabeza*, ocupar el segundo lugar y obedecer en silencio. ¿Entienden vdes.? Por otra parte, la Iglesia se opone sistemáticamente á ese pensamiento grandioso que alimenta el gobierno de allá de mi país, de formar una sola familia de todos los americanos, conforme á aquello de la Biblia: *un solo rebaño y un solo pastor*, oposicion que el Estado como amo de la casa puede impedir con solo prohibir á la *Señora* que se entrometa en lo que nada le interesa y mandarle que obedezca y calle. Es cierto que á las señoras nadie les ata la lengua y por lo mismo la matrona seguirá desahogándose contra lo que ella cree tiranía de su *Señor* y tretas de mis paisanos, divulgando por medio de sus hijos la patraña de que quieren embaucar al *Señor* los que solo intentan ser sus amigos íntimos, y tan íntimos que, si es posible, llegue la amistad hasta la identificacion de las personas. Pero, en fin, al varon toca el mando en casa; y á pesar de las necedades de la *Señora*, los amigos de su *Señor*, que se desviven por él, que de puro amor desean comérselo, como ya tambien por un amor platónico devoraron á un hermano gigantesco y á unos hermosos hijos del mismo *Señor*, harán que la amistad consabida se pueda quizá llevar adelante si el amo de la casa se presta á ello y hace valer su autoridad. Esto es lo que el Espíritu Santo define por mi boca sobre la sencilla cuestion de la supremacia del Estado sobre la Iglesia. —Hé aquí la solucion de la dificultad, dirán algunos filoso-políticos amigos de la escuela del judío Espinosa, el *santo* del panteísmo, y de la de Hobbes, panegirista del *egoísmo brutal*. La Iglesia es inferior al Estado, porque el Estado es mas fuerte, y es mas fuerte porque las armas pueden mas que las palabras. La fuerza física es el bello ideal, la última y la mas sublime expresion del derecho. El Estado tiene absoluta autoridad sobre sus miembros no solamente en lo civil y político sino tambien en la conciencia, en lo que algunos llaman Moral y Religion. Ante la ley todo debe enmudecer; la ley á todo debe sojuzgar, incluso los sentimientos religiosos y los

pensamientos mas íntimos. Esto, sin embargo, tiene que llevarse adelante revistiéndolo de palabras bellas y retumbantes, para calmar á un sin número de mentecatos que insensatamente creen que la ley como expresion del derecho de la fuerza, y que la justicia aquella de *quia nominor leo* son una iniquidad, un atentado, una tiranía: ¡nombres todos que solo significan algo entre los tontos! Siendo así, los legisladores tienen razon al anteponer el Estado á la Iglesia. —¿Quién sabe qué será lo cierto! diremos nosotros en vista de estas y otras opiniones que seguirian exponiendo los secuaces de las diferentes y mas ilustres escuelas modernas. Las tres opiniones expuestas nos convencen; sin embargo, como contra hechos no hay argumentos, para no sufrir el bochorno de Hegel que demostró *a priori* la no existencia de un planeta que tuvo la desvergüenza de dejarse descubrir, no recordamos si en el mismo año ó al siguiente de la tal demostracion, suspendemos nuestro juicio, advirtiendo solamente que la teoria sacada de las doctrinas de Espinosa y de Hobbes nos parece, sin que por esto desairemos á las otras, mas conforme con los datos de la experiencia y por lo mismo mas verdadera *a posteriori*. Pero.....—¿qué sucedió por fin con el proyecto de ley? reclamarán los lectores. —Oh, sí, teneis razon; os rogamos nos disimuleis esta distraccion involuntaria. Volvamos al asunto.

Los dos primeros artículos de la seccion 1.ª dijimos que de un modo general indicaban la independendencia entre la Iglesia y el Estado. Para entrar al exámen de ellos véamos como se tienen entre sí esas dos entidades. Lo que la razon inspira es que la Iglesia, sociedad ordenada á un fin sobrenatural, á encaminar al hombre á la felicidad eterna, no depende del Estado en nada absolutamente de lo que pertenezca á la esfera inmensa de lo espiritual y sobrenatural, entendiéndose por estas palabras no solo los actos puramente internos, sino tambien los externos y públicos que estén ligados intimamente con la consecucion del destino supremo humano y con los medios de alcanzarlo; y á su vez el Estado, ordenado á labrar la dicha temporal de los asociados con subordinacion al fin último que es Dios, tiene su accion expedita para procurar por todos los medios que estén á su alcance la perfeccion moral del hombre en todo lo que fuere puramente temporal como senda y medio para lo eterno. La suprema felicidad eterna es por tanto el término á que la Iglesia conduce á la sociedad, y la dicha temporal del hombre como ser moral, es la que debe labrar el Estado. Ambas potestades tienen que dirigirse de consuno, siguiendo la ley general de la armonía de los seres, á su respectivo fin unidas intimamente como el cuerpo y el alma, como dos entidades de un mismo ser moral, como dos constitutivos de la personalidad social humana. Sin esa union, sin ese movimiento armónico de cada cual á su debido objeto, el órden se perturba y un diluvio de calamidades es la señal de la trasgresion y la protesta que se levanta contra los infractores. Como «La Religion y la Sociedad» ha tocado otras veces difusamente esta materia, nos abstenemos de extendernos sobre ella, condensando solamente nuestras ideas sobre la independendencia entre la Iglesia y el Estado en estas tres: *distincion, union y armonia*.

En dos errores incurren los que se desvian de la verdad en esta cuestion. El principal consiste en sujetar al Estado la Iglesia, y esta es la tiranía de la materia sobre el espíritu, de la fuerza brutal sobre la idea. El otro con-